

Deconstrucción de la irrealidad

PAULO FARIA

Departamento de Filosofía

Universidad Federal de Río Grande del Sur

paulo.faria@via-rs.net

Resumen: El artículo presenta una crítica a la adopción por Samuel Cabanchik del “irrealismo” de Goodman para clarificar y extender las observaciones de Austin acerca del significado de “real”. Siguiendo a Cora Diamond, se distingue el realismo metafísico del “espíritu realista” —una actitud hacia los problemas filosóficos que excluye cualquier tesis semejante al irrealismo goodmaniano, y que la obra de Austin ejemplifica. Se rastrea el origen del nominalismo de Goodman acerca de las especies —la fuente de su irrealismo— en su trabajo anterior sobre la inducción; sin embargo, se muestra que dicho nominalismo está subdeterminado por la prueba goodmaniana de que el proyecto de una lógica formal de la confirmación (Hempel, Oppenheim) estaba destinado al fracaso. Con base en algunas observaciones de Quine sobre la Paradoja de los Cuervos, se esboza una defensa de la relevancia filosófica de cualesquiera restricciones empíricas pueda haber sobre el atrincheramiento de conceptos. El argumento se cierra con una breve discusión del examen hecho por Austin de las variedades de la irrealidad, con la que se pretende dejar en claro por qué el Austin de Cabanchik no podría ser Austin.

Palabras clave: realismo, ‘real’, especies, atrincheramiento

We read that the traveller asked the boy if the swamp before him had a hard bottom. The boy replied that it had. But presently the traveller’s horse sank in up to the girths, and he observed to the boy, “I thought you said that this bog had a hard bottom.” “So it has”, answered the latter, “but you have not got half way to it yet.”

HENRY DAVID THOREAU, *Walden**

1. Investigando lo que, con propiedad, llamó “la Naturaleza de la Realidad”, Austin se detuvo en esta pregunta: ¿a qué necesidad, si es que alguna, corresponde la diversidad de usos de las palabras “como” (*like*) y

*“Leímos que el viajero preguntó al muchacho si el pantano frente al que estaba tenía fondo firme. El muchacho respondió que sí lo tenía. Pero el caballo pronto se hundió hasta la cincha y el viajero le hizo notar al muchacho: ‘Creí que habías dicho que este pantano tenía el fondo firme.’ ‘Sí lo tiene’, respondió este último, ‘pero aún no llega usted ni a la mitad de donde se encuentra.’” (Henry David Thoreau, *Walden*, en *Walden and Resistance to Civil Government*, ed. William Rossi, W.W. Norton, Nueva York/Londres, p. 95.)

“real” (*real*)? En particular, ¿por qué preferimos decir, a veces, “es como un X”, y a veces, “no es un X real”?¹

2. “Como” y “real” son ambas, en el léxico de Austin, “palabras ajustadoras” (*adjuster-words*), igualmente “hambrientas de sustantivo”.² Su heterogeneidad gramatical (“real” es ostensivamente un adjetivo; “como” es variablemente llamado, por los gramáticos, “adverbio” o “conjunción”) encubre una afinidad lógica esencial: las dos palabras funcionan como *modificadores de predicados*. Frente a un pájaro que *parece* un jilguero, pero probablemente, o con toda certeza, es otra cosa, tales modificadores nos salvan de una dificultad taxonómica, sin sobrecargar nuestro vocabulario ornitológico con la introducción de un neologismo incierto.

3. La ventaja de no tener que introducir un nuevo predicado para cada objeto que deja de corresponder a alguna de las categorías establecidas en nuestros sistemas de clasificación es evidente: hasta el mismo *Emporio Celestial de Conocimientos Benévolos* tiene una rúbrica “etcétera”, apta para lidiar con estos casos.³ Pero “etcétera” no es un modificador: su función es, como la de la carpeta “Otros Asuntos” en mi archivo, la de una fosa común en la que podemos echar, indiscriminadamente, todo lo que no cabe en las otras divisiones del sistema de clasificación. “Como” y “real” hacen algo más que eso; más, en suma, que asegurar que, “a pesar del limitado alcance de nuestro vocabulario, podemos siempre evitar quedar completamente sin palabras”.⁴

4. Ese resultado gratificante se obtiene por dos vías que parecen ser complementarias —lo que, a propósito, explica la inteligibilidad de la conjunción enfática “es como un X, pero no es un X real”. Mientras que “es como un X” trae la anomalía a la vecindad de una clase de cosas familiares, evitando, sin embargo, equipararla con los miembros natos de la clase, “no es un X real” la excluye ostensivamente de ese dominio. La conjunción reúne, sin inconsistencia, estos dos gestos: como en el condado de Westwest, el forastero es invitado a instalarse en las cercanías del castillo, pero le queda estrictamente prohibido traspasar su umbral.

¹ J.L. Austin, *Sense and Sensibilia*, ed. G.J. Warnock, Oxford University Press, Oxford, 1962, p. 76.

² *Ibid.* pp. 66–75. Con respecto a estas categorías de Austin, *cfr.* Samuel Manuel Cabanchik, “Aspectos semánticos del uso de ‘real’”, en Ulysses Pinheiro, Marco Ruffino y Plínio Junqueira Smith (comps.), *Ontologia, Conhecimento e Linguagem*, Mauad, Río de Janeiro, 2001, pp. 33–49.

³ *Cfr.* Jorge Luis Borges, “El idioma analítico de John Wilkins”, *Otras inquisiciones*, Alianza Editorial, Madrid, 1981, p. 105.

⁴ Austin, *Sense and Sensibilia*, p. 74.

5. Sin embargo, el gesto de exclusión para el cual citamos “real”, aun sin acompañarlo de la cortesía de un “como”, nunca consiste simplemente en tirar lo indeseable en ese cesto de basura lógico, el complemento universal de la clase de los X .⁵ “No es un X real”, en suma, dice más que “no es un X ”: entre todas las cosas que no son X sólo algunas corresponderán a alguno de los modos *específicos* de no ser un X que dan ocasión a decir, de un objeto cualquiera, que no es un X real. Una estrella no es un jilguero, mas no tiene sentido decir de una estrella que no es un jilguero real. En los términos de Austin, políticamente tan incorrectos, es el uso negativo de “real” el que “lleva los pantalones”,⁶ pero, y esto es crucial, este uso negativo presupone la posibilidad de determinar una deficiencia *específica* en el repertorio de lo que podríamos llamar las *variedades de la irrealidad*: que algo sea un jilguero “disecado, pintado, postizo, artificial, ilusorio, anormal, de juguete, supuesto, simulado”,⁷ he ahí algunos modos de no ser un jilguero real. Estrellas, camellos y *quarks* no están en ninguna de estas categorías.

6. Pues bien, ¿por qué preferimos, conforme al caso, uno u otro de aquellos dispositivos de ajuste? Y, desde luego, ¿por qué tenemos *dos* “palabras-ajustadoras” cuando sólo una parecería bastar para la función a la cual las destinamos? “Responder adecuadamente a estas preguntas”, sugería Austin, “sería dar un gran paso hacia el esclarecimiento del uso, del ‘significado’, de ‘real’”.⁸ En “El ser se hace de muchas maneras”, Samuel Cabanchik se propone responder estas preguntas de Austin —o, en todo caso, indicar la clase de respuesta que es posible extraer de cierto “núcleo estratégico del pensamiento pragmatista”, caracterizado por el rechazo a “una dicotomía irreductible entre un dato ensimismado y una *proyección* o una *respuesta conceptual* frente a este dato”. Las consecuencias de este rechazo son, como anuncia el título del ensayo de Cabanchik, radicales: “Si se acepta este núcleo, no es fácil escapar a las conclusiones más extremas que se encuentran en el irrealismo de Goodman. Me refiero a la idea de que lo real es una creación simbólica.”⁹

7. Y ¿cómo se debe responder, desde la perspectiva de ese pragmatismo “irrealista”, a las preguntas de Austin? ¿Por qué preferimos a veces decir

⁵ La expresión “cesto de basura” es de Nelson Goodman, y la usa en un ensayo directamente pertinente para la presente discusión, “Snowflakes and Wastebaskets”, *Problems and Projects*, Bobbs-Merrill, Indianápolis, 1972, pp. 416–419.

⁶ Austin, *op. cit.*, p. 70.

⁷ J.L. Austin, “Other Minds”, *Philosophical Papers*, 3a. ed., Oxford University Press, Oxford, 1979, p. 87.

⁸ Austin, *Sense and Sensibilia*, *loc. cit.*

⁹ *Cfr.*, para la exposición canónica de esta idea, Nelson Goodman, *Ways of Worldmaking*, Harvester Press, Indianápolis, 1978.

“no es una estrella real, sino de papel” en vez de “es como una estrella, pero no es realmente una estrella”? “Una parte de la respuesta”, sugiere Cabanchik, “es simplemente que *hemos decidido* extender el uso del símbolo ‘estrella’ a muchas otras entidades que no son estrellas pero que se presentan con forma de estrella” (las cursivas son mías, PF): las estrellas de papel, como las estrellas de mar, están entre esas entidades. Pero ésta es sólo una parte de la respuesta, pues, frente a un objeto astronómico que parece una estrella, tal vez preferimos decir “es *como* una estrella, pero no es realmente una estrella”. O, para dar un ejemplo proveniente de lo que a veces llamamos (cuando no estamos haciendo filosofía) el mundo real, los citólogos están acostumbrados a observar una retícula fibrosa en las micrografías de células preparadas de cierta manera. Ese material parece cromatina, el compuesto de ácidos nucleicos y proteínas fundamentales en el núcleo de la célula; tiñe exactamente como la cromatina; pero no lo es. De hecho, no pasa de ser un efecto de la fijación, con glutaraldehído, de líquido vacuolar.¹⁰

8. ¿Qué clase de distinción estamos haciendo entre este caso, o el del cuerpo celeste que parece una estrella pero no lo es y el de la estrella de papel, y por qué la incorporamos a nuestro vocabulario? En la respuesta a esta pregunta hace oír su voz distintiva la doctrina de la “creación simbólica”: “La respuesta pragmatista, en mi interpretación, desde Peirce hasta Goodman es: *porque así hemos elaborado nuestro sistema simbólico* y este sistema en su funcionamiento determina qué es una estrella real, qué una estrella no real, y qué no es una estrella” (las cursivas son mías, PF). Ésta no es, por cierto, toda la respuesta: de hecho, tenemos ahí, por lo pronto, tan sólo las líneas generales de abordaje del problema en el que Cabanchik está más interesado: el de la tensión entre tradición e innovación conceptual, del que se ocupa en la parte final de su artículo. Pero es la idea central, de la cual depende ese desarrollo ulterior.

9. No estoy convencido de que, al abrazar la tesis de que “lo real es una creación simbólica”, estemos dando el paso que Austin esperaba; pero la respuesta es sugestiva y atestigua la sensibilidad de Cabanchik al llamado —velado, a la manera característica de Austin, bajo la ostensiva frivolidad de un ejercicio de “fenomenología lingüística”—¹¹ de una venerable fuente

¹⁰ Cfr. Ian Hacking, *Representing and Intervening: Introductory Topics in the Philosophy of Natural Science*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983, p. 32 [versión en castellano: *Representar e intervenir*, trad. Sergio Martínez, Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos-UNAM/Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM/Paidós, México, 2000]. El ejemplo proviene de R.J. Skaer y S. Whytock, “Chromatin-Like Artifacts from Nuclear Sap”, *Journal of Cell Science*, vol. 26, 1977, pp. 301–310.

¹¹ La expresión es del propio Austin, y la usa al describir su método filosófico en “A Plea for Excuses”, *Philosophical Papers*, p. 182.

de perplejidad filosófica; a saber, “que tengamos algún uso para términos generales, que seamos capaces de distinguir clases con cuya ayuda podemos encontrar algún sentido en nuestra experiencia”.¹² En cualquier caso, ella obliga a los defensores del realismo en filosofía —o, por lo menos, de la especie de realismo que, si no estoy engañado, caracteriza a la filosofía de Austin, y la vuelve incompatible con cualquier cosa remotamente parecida a una doctrina de la “construcción” de la realidad— a mostrar sus credenciales. Esto es lo que a continuación intentaré hacer.

10. Empecemos por ponernos de acuerdo sobre esa palabra altisonante, “realismo”. Como tantas otras, la tomaron los filósofos del lenguaje común, donde sigue llevando una vida sin distinción. Pero las palabras robadas no dejan por ello de guardar algo de su significado original, si no es que viven exclusivamente de éste.¹³ La doble vida del adjetivo “realista” me va a servir para distinguir y *oponer* dos tipos de realismo, y, así también, para dejar claro lo que *no* intentaré defender.¹⁴

11. “Realismo”, como término de arte filosófico, designa una familia de doctrinas sobre el ser: sobre la Naturaleza de la Realidad, como diría Austin. La tesis común a esas doctrinas es que lo que hace verdaderas o falsas nuestras ideas es como-las-cosas-son y, decisivamente, que como-las-cosas-son puede ser (y la mayoría de las veces es) *enteramente* independiente del conocimiento, del pensamiento o de la experiencia humanos.

12. Llamemos a esto el *principio de independencia* y notemos, desde luego, que este principio aún no distingue tanto como nos gustaría que lo hiciese,

¹² Joseph Ullian, “Postscript (1992)” a “Luck, License, and Lingo”, en Douglas Stalker (comp.), *Grue! The New Riddle of Induction*, Open Court, Chicago, 1994, p. 39. El artículo original fue publicado en *Journal of Philosophy*, vol. 58, 1961, pp. 731–738.

¹³ Tal es el significado de la descripción que hace, de su método filosófico, otro representante del tipo de realismo que estaré defendiendo: “Nosotros reconducimos las palabras de su empleo metafísico a su empleo cotidiano” (Ludwig Wittgenstein, *Philosophische Untersuchungen*, en *Werkausgabe*, vol. 1, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1998, § 116) [versión en castellano: *Investigaciones filosóficas*, trad. Alfonso García Suárez y Ulises Moulines, Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM/Crítica, Barcelona/México, 1988].

¹⁴ El contraste que intento elaborar en los párrafos siguientes tiene algún parentesco con la distinción kantiana entre “realismo trascendental” y “realismo empírico” (véase, en particular, la discusión del “paralogismo de la idealidad” en la *Crítica de la razón pura*, A 367–381). La defensa kantiana del segundo presupone, como se sabe, la renuncia a todo uso trascendente de los conceptos del entendimiento —por tanto, el abandono del primero. Los detalles de esa formidable maniobra para “hablar con el vulgo y pensar con el sabio” no vienen al caso aquí: tampoco vendrá al caso discutir, por tanto, si el idealismo trascendental de Kant cumple satisfactoriamente con el propósito de rescatar al “realismo empírico” de su corrupción por la filosofía; o si, como el empirismo del que es heredero, es un extravío más en la tentativa de llevar a cabo ese proyecto.

pues un escéptico que, sospechando de alguna deficiencia esencial del pensamiento o de la experiencia humanos, suspendiese universalmente el juicio sobre como-las-cosas-son aún sería, de acuerdo con esa caracterización, un realista. Esta consecuencia no es, a decir verdad, enteramente indeseable.¹⁵ Pero no será inadecuado, ni históricamente impropio, atenerse al uso del término con el que “realismo” designa una forma de *dogmatismo* filosófico (en el sentido que esa palabra tenía en el escepticismo clásico y aun en Kant). Es realista, en este sentido, toda metafísica que, sin haber sido sometida a la disciplina de un cuestionamiento crítico sobre las condiciones del conocimiento humano, pretenda pronunciarse sobre la naturaleza de la realidad y hacerlo *de acuerdo con el principio de independencia*. Lo que Kant llamó “realismo trascendental” es, por tanto, el paradigma del *realismo filosófico*. Su rival, el *antirrealismo*, es la doctrina que, con base en consideraciones sobre las condiciones del conocimiento humano, se pronuncia sobre la naturaleza de la realidad *negando* el principio de independencia. Entre estas dos posiciones, es posible suponer una variedad de acomodos o compromisos, de los que resultan diversas aberraciones que aquí no necesitamos considerar.

13. En un escrito famoso, William James presentó las doctrinas filosóficas como la expresión de diferencias de temperamento. Estas diferencias, que pesan decisivamente en la adopción de doctrinas filosóficas, rara vez son reconocidas. El resultado, señalaba James, es “una falta de sinceridad en nuestras discusiones filosóficas: la más poderosa de nuestras premisas nunca es mencionada”.¹⁶ Personalmente, creo que hay mucho que decir a favor de la tesis de James, aunque ése no sea mi interés inmediato aquí. La primera condición, sin embargo, es preservar la distinción fundamental entre una *doctrina* filosófica y la *actitud* que la motiva, y no diluirla —como lo hace, por ejemplo, Russell, que lee “escuela” donde James escribe “temperamento”.¹⁷ La tesis de James *presupone* esta distinción, sin la cual es

¹⁵ Tal consecuencia tiene la ventaja, entre otras, de ayudar a entender por qué fue un privilegio de la tradición *idealista* (y de sus herederos en la filosofía analítica contemporánea) la tentativa de refutar el escepticismo apelando a esa variante sofisticada de argumentación *ad hominem* cuyo principio es “del pensamiento al ser la consecuencia es buena”. La “trágica historia de la teoría verificacionista del significado”, a la que aludía Goodman en *Fact, Fiction, and Forecast*, es sólo el capítulo más infeliz en la historia de esa tradición cuyo momento culminante habrá sido la “Refutación del Idealismo” de Kant —pero que sigue floreciendo en nuestros días (entre sus brotes más recientes están los argumentos de Davidson contra el relativismo y el escepticismo). Que una maldición caiga sobre los que quieren hacer de Wittgenstein (por ejemplo, con el “argumento del lenguaje privado”) un miembro de esa tradición.

¹⁶ William James, *Pragmatism: a New Name for Some Old Ways of Thinking, Writings 1902-1910*, The Library of America, Nueva York, 1987, p. 489.

¹⁷ Cfr. Bertrand Russell, “William James’s Conception of Truth”, *Philosophical Essays*, Routledge, Londres, 1994, p. 113.

reducida (en la mejor de las hipótesis) a una tautología; y lo esencial de su crítica a la “falta de sinceridad” de las discusiones filosóficas consiste en una exhortación a los filósofos para que asuman la *responsabilidad*, en su filosofía, por su temperamento.¹⁸ Con este espíritu quiero describir, y *defender*, una actitud que, si no me engaño, participa de la motivación fundamental del realismo filosófico —sin decir, para ello, una sola palabra en defensa de esta doctrina.

14. A las declaraciones del realismo filosófico sobre la Naturaleza de la Realidad quiero contraponer, en suma, lo que en el lenguaje ordinario llamamos “ser realista”. Cora Diamond da algunos ejemplos apropiados del uso de esta expresión:

Podemos decirle a alguien que “sea realista” cuando sostiene una opinión contraria a los hechos, o se rehúsa a encararlos. O, también, cuando sabe cómo *deben ser* los hechos, con base en una teoría o en sus propias preferencias. También hablamos de realismo con respecto a novelas e historias; y aquí, también, lo que a menudo consideramos son ciertas formas de atención con respecto a la realidad: hacia la particularidad y el detalle.¹⁹

Así, por ejemplo, Orwell denunciaba, en el personaje del hombre rico de buen corazón que, en las novelas de Dickens, viene en auxilio del huérfano pobre y víctima de la injusticia, una variante del personaje fantástico del hada madrina, “y lo que Orwell quería decir es que en esas novelas hay una *fantasía* de lo que es actuar para modificar una situación o resolver un problema: y esto en obras que se rigen por patrones que hacen impropio ese tipo de fantasía”.²⁰ El realismo, en el sentido ordinario de la palabra, se contrapone a la *ilusión*, a la *fantasía*, a la *evasión*. Al insistir en la perversa aptitud de la realidad para ofrecer resistencia a nuestras creencias, deseos y expectativas, el realismo toma como una *explicación del significado* de la palabra “real” la tautología que, cuando la metafísica realista *intenta* decir la misma cosa, se transforma en el principio de independencia (§ 11). Sería conveniente tener un nombre libre de abuso filosófico para esta actitud, pero sería pedir demasiado. En mi caso, usaré, como Cora Diamond (que, a su vez, la tomó prestada de Frank Ramsey), la expresión “espíritu realista”; ocasionalmente hablaré también de una “actitud realista”.

15. Y aquí está la primera cosa que me importa decir sobre este asunto: el espíritu realista, al confrontarse con la pregunta sobre la Naturaleza de la

¹⁸ Cfr. James Conant, “The James/Royce Dispute and the Development of James’s ‘Solution’”, en Ruth Anna Putnam (comp.), *The Cambridge Companion to William James*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, pp. 186–213.

¹⁹ Cora Diamond, *The Realistic Spirit: Wittgenstein, Philosophy, and the Mind*, The MIT Press, Cambridge, 1991, pp. 39–40.

²⁰ *Ibid.*, p. 46.

Realidad, está obligado a rechazar tanto el realismo como el antirrealismo. Desde la perspectiva de esa atención a los detalles de la que habla Diamond, esas doctrinas son dos formas complementarias de *distracción*. Me gustaría sugerir, también, que el espíritu realista caracteriza una actitud posible para con los problemas *filosóficos* —que, por tanto, puede caracterizar un modo de *hacer filosofía*. A mi modo de ver, esta actitud distingue, en la filosofía del siglo xx, a autores como Wittgenstein o Austin —o, a propósito, a Heidegger. Y es esa actitud, la actitud realista en filosofía, lo que no encuentro en la admirable obra de Nelson Goodman, ni en el pragmatismo como lo caracteriza Cabanchik.²¹

16. La demostración circunstancial de esa afirmación es materia para un estudio cuidadoso. En lo que sigue, me limito a atacar *una* de las raíces del irrealismo recomendado por Cabanchik: la “teoría de la proyección” que Goodman extrajo de las paradojas de la confirmación. El interés por esta teoría estriba en que ella expresa una reacción *directa* (y radical) al vértigo metafísico al que hice alusión: el espanto frente al hecho de que *seamos capaces* de utilizar términos generales, que Cabanchik, dando prueba de una perspicacia rara entre los lectores de Austin, identifica como una motivación subyacente a la pregunta del filósofo de Oxford sobre los usos de “como” y “real”.

17. Al adoptar este procedimiento, concentraré la atención en el *antecedente* de aquel condicional que, en el artículo de Cabanchik, aparece en seguida de la caracterización del “núcleo” del pensamiento pragmatista, el rechazo del dualismo que opone lo “dado” a la “respuesta conceptual”: “Si se acepta este núcleo, no es fácil escapar a las conclusiones más extremas que se encuentran en el irrealismo de Goodman” (*cfr.* § 6). Cabanchik está interesado en las *consecuencias* de esa tesis “pragmatista”; en particular, en

²¹ Es irrelevante discutir aquí si “el pragmatismo como lo caracteriza Cabanchik” corresponde al pragmatismo histórico de James, Peirce o Dewey. Una razón para sospechar que la respuesta a esta pregunta deba ser negativa es la consideración del papel que desempeña en los argumentos de Cabanchik —como en los de Goodman— la concepción *semiótica* de la intencionalidad, que es la parte más duradera del legado del positivismo lógico a la filosofía contemporánea. Para esta concepción, el pensamiento es un proceso *esencialmente* simbólico (aunque los símbolos involucrados no sean necesariamente verbales: *cfr.* Goodman, “On Thoughts without Words”, en *Of Mind and Other Matters*, Harvard University Press, Cambridge, 1984, pp. 21–28.) Notoriamente, Peirce respondió negativamente a la pregunta de “si podemos pensar sin signos”. Pero es característico de la distancia a la que nos encontramos del pragmatismo histórico que Peirce haya debido *argumentar* en favor de esa respuesta. *Cfr.*, por ejemplo, “Questions Concerning Some Faculties Claimed for Man”, en *The Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, ed. Charles Hartshorne & Paul Weiss, Harvard University Press, Cambridge, 1965, vol. V, §§ 250–253. Hoy necesitamos argumentar *contra* lo que se volvió el prejuicio filosófico más arraigado de nuestro tiempo —pero ése es un asunto para otra ocasión.

sus consecuencias para la comprensión de las situaciones de innovación conceptual, cuyo ejemplo más dramático son las revoluciones científicas, pero que abarcan toda la variedad de “reconcepciones” de las que se ocupaba Goodman en su último libro.²² En cuanto a mí, lo que me interesa antes que todo es aclarar cómo se puede desandar el camino que conduce de renunciar al realismo metafísico a la “creación simbólica de lo real”. Hecho esto, podremos lanzar una nueva mirada a la innovación conceptual, y entonces tendremos la ocasión de explorar una respuesta alternativa (y, me parece, más congruente con la actitud realista) a las preguntas de Austin acerca de sus dos palabras-ajustadoras. La primera tarea, sin embargo, es la que corresponde a la reacción del Sol al tener conocimiento de cierto descubrimiento científico, en una fábula de Machado de Assis: “Dice aquí que yo, si me sumerjo en una tinaja de aceite, no salgo vivo; pero sucede que yo no me sumerjo. ¿Para qué diablos habría de sumergirme en una tinaja de aceite?”²³

18. La tinaja de aceite en la que estoy interesado es la doctrina de los términos generales que surge del examen del “nuevo enigma de la inducción”, en la última de las tres conferencias proferidas por Goodman en Londres en 1953, posteriormente publicadas en el volumen *Fact, Fiction, and Forecast*. Es aquí, en el “giro pragmático” impuesto por Goodman a la lógica de la confirmación, donde encontramos la piedra fundamental del irrealismo que tendría su exposición más resplandeciente, un cuarto de siglo más tarde, en *Ways of Worldmaking*.²⁴

²² Nelson Goodman y Catherine Elgin, *Reconceptions in Philosophy and Other Arts and Sciences*, Routledge, Londres, 1988.

²³ “Diálogo dos astros”, crónica publicada el 20 de junio de 1885, *Obra completa*, Nova Aguilar, Río de Janeiro, 1986, vol. III, p. 464.

²⁴ Lo que sigue (§§ 19–25) es un sumario condensado de la doctrina goodmaniana del atrincheramiento (*entrenchement*) de un predicado. Una exposición más minuciosa dedicaría cierta atención por lo menos a dos características permanentes de la filosofía de Goodman que pueden reconocerse ya en sus primeros escritos, en la década que precedió la publicación de su primer libro, *The Structure of Appearance* (1951). La primera es el *nominalismo*, que motivó su interés por el desarrollo de “cálculos de individuos”, como el que fue presentado en su primera publicación, el artículo en colaboración con H. Leonard, “The Calculus of Individuals and its Uses” (1940); la segunda es el *construccionismo* requerido para definir, en esos sistemas nominalistas, las cualidades, clases y relaciones sobre las cuales se pronuncia irreflexivamente el lenguaje común. La regulación de las cualidades era la tarea que motivaba la tesis de doctorado de Goodman, “A Study of Qualities” (1941); la eliminación de clases en favor de construcciones lógicas surgía de la incursión antiplatónica por los fundamentos de la matemática, emprendida en colaboración con Quine, en “Steps Toward a Constructive Nominalism” (1947). Al nominalismo y al construccionismo, el *tour de force* de *The Structure of Appearance* agregaría el *pluralismo*: las entidades, y el mundo constituido por esas entidades, pueden ser contruidos de muchas maneras, ninguna intrínsecamente privilegiada. Desde mediados de los años cuarenta, Goodman venía pensando, desde esta perspectiva, en los problemas relacionados con la comprensión de las disposiciones, de las entidades posibles-pero-no-actuales, y de los condicionales contrafácticos, que se precipitan en las paradojas de

19. La primera de las paradojas de la confirmación, “la infame paradoja de los cuervos”,²⁵ fue divulgada por Hempel.²⁶ La dificultad tradicional, como la habían discutido Hempel, Carnap u Oppenheim, estaba en caracterizar adecuadamente la relación de confirmación de una hipótesis nomológica por sus casos positivos. La dificultad suscitada por los contrapositivos de condicionales generalizados (la hipótesis “Todos los no-negros son no-cuervos”, lógicamente equivalente a la suposición de que todos los cuervos son negros, es confirmada por una hoja verde, un jitomate rojo, un perro albino) únicamente no comprometía irremediablemente el proyecto, común a Hempel, Carnap y Oppenheim, de caracterizar en términos puramente sintácticos la relación de confirmación, al precio de la consecuencia contraintuitiva de que la observación de una hoja verde confirma una hipótesis sobre el plumaje de los cuervos. En 1946, Goodman liquidaría definitivamente ese proyecto con la divulgación de una variante de la paradoja de Hempel que, por primera vez, hacía uso de un predicado ostensivamente “improyectable”. “S”, el precursor de “verzul” (*grue*), se aplicaba a las canicas *rojas* sacadas de cierto recipiente hasta el 8 de marzo de 1945, inclusive, y a aquellas extraídas posteriormente y de *otro* color.²⁷ Ocho años más tarde, Goodman confería un significado preciso a dos palabras que sólo habían sido usadas antes (de hecho, como partes de una palabra compuesta) en las páginas laberínticas de *Finnegans Wake*.²⁸ Todo mundo conoce la historia, pero voy a contarla una vez más. Son verzuces (*grue*) todos los objetos verdes examinados hasta cierto instante (digamos, ahora)

la confirmación: *cfr.* “A Query on Confirmation” (1946) y “The Problem of Counterfactual Conditionals” (1947). (El primero de esos artículos fue reimpresso en *Problems and Projects*; el segundo constituye la sección “Predicament” de *Fact, Fiction, and Forecast*.)

²⁵ *Fact, Fiction, and Forecast*, 4a. ed., Harvard University Press, Cambridge, 1983, p. 70.

²⁶ Carl G. Hempel, “Studies in the Logic of Confirmation”, *Aspects of Scientific Explanation*, Macmillan, Nueva York, 1965, pp. 14–20.

²⁷ Nelson Goodman, “A Query on Confirmation”, *Problems and Projects*, pp. 363–366.

²⁸ En donde se describe la aparición del Jarl von Hoother, el varón soltero importunado por el asedio de una seductora infatigable, en el castillo en el que se entregaba a los placeres del onanismo, que confronta a la intrusa, con la espada desenvainada, “*like a rudd yellan gruebleen orangeman in his violet indigonation*”. *Cfr.* James Joyce, *Finnegans Wake*, Faber & Faber, Londres, 1964, p. 23. Nuevos miembros de esa familia de predicados improyectables comparecen, adelante, en el enunciado de la novena charada sobre la carta enigmática de Anna Livia Plurabelle: “*what roserude and oragious grows gelb and greem, blue out of the ind of it!*” (*Ibid.*, p. 143). Que lo inusitado de estos predicados no sea obstáculo para la comprensión de la novela de Joyce ilustra el hecho, para el cual Goodman llamaría la atención, de que el atrincheramiento (*entrenchment*) no es condición necesaria de la corrección de una categorización:

En la ficción [...], el uso de predicados no atrincherados (*unentrenched*) es un poderoso recurso literario. La corrección, en este caso, es función de la obtención de una nueva organización de un dominio (real o ficticio) —de una organización que resalte aspectos antes desapercibidos o con frecuencia descuidados, y que, tal vez, nos obligue a reconsiderar la propiedad y adecuación de las categorías que estamos acostumbrados a usar. (Nelson Goodman y Catherine Elgin, *Reconceptions in Philosophy*, p. 16.)

y todos los objetos azules examinados después. Cada esmeralda examinada hasta este momento confirma la hipótesis (H_1) “Todas las esmeraldas son verdes”; pero confirma igualmente, dada la definición de “verzul”, la hipótesis (H_2) “Todas las esmeraldas son verzuques”. Pero esas hipótesis son *incompatibles*: ellas conducen a proyecciones contradictorias. De acuerdo con la primera, esperamos que la próxima esmeralda observada sea, *como las anteriores*, verde. De acuerdo con la segunda, esperamos que sea, *como las anteriores*, verzul; pero, en ese caso, debe ser azul, y no verde. Una de las dos hipótesis debe ser descartada; pero ¿cómo escoger entre ellas? Toda la evidencia de la que disponemos para H_1 es también evidencia para H_2 : las dos hipótesis tienen exactamente el *mismo* grado de confirmación, por cualquier métrica que se emplee.

20. Esa pregunta “¿Cómo escoger?” es, por cierto, puramente retórica: la hipótesis que elegimos preservar es, *obviamente*, H_1 . Nadie me convencería de esperar que la próxima esmeralda sea verzul; nadie me convencería de *proyectar* ese predicado; de hecho, nadie me convencería de *usarlo*. Pero la pregunta de Goodman es: ¿por qué?²⁹

21. ¿Por qué proyectamos “verde” y no “verzul”? La respuesta de Goodman es breve —y radical: la *única* razón por la cual lo hacemos es que “verde”, y no “verzul”, está atrincherado (*entrenched*) en nuestras prácticas. Al comparar los dos predicados, suponiendo que debiésemos realmente escoger (y no solamente “correr” un experimento imaginario), consultaríamos el registro de sus proyecciones *pasadas*: “Está claro que ‘verde’, como veterano de proyecciones más antiguas y numerosas que ‘verzul’, tiene una biografía más impresionante. Podemos decir: el predicado ‘verde’ está mucho mejor atrincherado (*entrenched*) que el predicado ‘verzul’.”³⁰ ¿Y qué determina el atrincheramiento de un predicado? Aquí tocamos, finalmente, la raíz más profunda del irrealismo de Goodman, su nominalismo impenitente.

²⁹ Entre las respuestas inútiles a esta pregunta están las que apelan a una noción intuitiva de semejanza, descuidando preguntar “Semejanza *¿en qué aspecto?*” (cualquier cosa es semejante a cualquier otra en algún aspecto); las que pretenden proscribir la proyección de predicados disjuntivos, apelando a una noción extralógica de disjuntividad intrínseca (para dar un rodeo a la objeción de que el carácter disjuntivo de “verzul” es una propiedad relacional, consistente en el hecho de que, al definir aquel término en *nuestro* lenguaje, tomamos “verde” y “azul” como términos primitivos); o las que proponen restringir la proyectabilidad a predicados definibles por *ostensión* (y la ostensión, a su vez, a objetos observados sin el auxilio de instrumento alguno). Sobre la vacuidad de la noción de semejanza de la que depende la primera respuesta, *cfr.* Goodman, “Seven Strictures on Similarity”, *Problems and Projects*, pp. 437–446; para una exposición sucinta de la inviabilidad de las otras dos, *cfr.* Hilary Putnam, “Foreword to the Fourth Edition”, *Fact, Fiction, and Forecast*, pp. vii–xvi, reimpresso bajo el título “Nelson Goodman’s *Fact, Fiction, and Forecast*”, en Hilary Putnam, *Realism with a Human Face*, ed. James Conant, Harvard University Press, Cambridge, 1990, pp. 303–308.

³⁰ *Fact, Fiction, and Forecast*, p. 94.

Su respuesta a esta pregunta es: *nada* más allá del hecho de que ya lo proyectamos antes, de la historia pasada de sus usos.

22. El carácter pragmático de la noción de atrincheramiento es debidamente resaltado en la lección que se acostumbra extraer del ejercicio de Goodman: como la relación de confirmación no puede ser definida por medios puramente sintácticos, la lógica inductiva no es lógica formal; su noción central, la noción de confirmación, tiene una dimensión pragmática irreductible.³¹ Pero eso es tan sólo la mitad de la historia; lo que podemos llamar la cara epistemológica de la moneda. Es la otra cara, la cara metafísica, la que forma el núcleo duro del programa de Goodman —un hecho a menudo descuidado en la vasta bibliografía suscitada por *Fact, Fiction, and Forecast*.³² El nominalismo surgía, sin embargo, y sin medias tintas, desde la introducción del concepto de atrincheramiento:

En cierto sentido, no es la palabra, sino la propia clase la que se vuelve atrincherada, y hablar del atrincheramiento de un predicado es hablar elípticamente del atrincheramiento de la extensión de ese predicado. Por otro lado, la clase se vuelve atrincherada sólo por la proyección de predicados que la distinguen; el atrincheramiento deriva del uso del lenguaje.³³

23. No es exagerado decir que todo el itinerario subsecuente de Goodman es una explicación de ese adjunto adverbial, “en cierto sentido”. La última sección de *Fact, Fiction, and Forecast* presentaba algunas “especulaciones” sobre las aplicaciones de la teoría de la proyección, entre las cuales se destacaba la perspectiva de articular “un modo de distinguir especies ‘genuinas’ de otras meramente ‘artificiales’, o especies más genuinas de otras menos, y así permitirnos interpretar proposiciones ordinarias en las que se afirma que ciertas cosas son de la misma especie, o están más emparentadas que otras cosas”.³⁴ ‘Genuinas’ y ‘artificiales’ no están entre comillas ahí, obviamente, para distinguir uso y mención, sino para señalar la desconfianza que la doctrina goodmaniana del atrincheramiento lanza sobre el contraste entre naturaleza y artefacto. Esa dicotomía debe dar lugar, como indica la oración siguiente, a la idea de un continuo: las especies serán llamadas “más” o “menos” artificiales, y la medida única de su artificialidad será el atrincheramiento *en el uso del lenguaje* de los predicados

³¹ Cfr., por ejemplo, Carl G. Hempel, “Postscript (1964) on Confirmation”, “Studies in the Logic of Confirmation”, *Aspects of Scientific Explanation*, Macmillan, Nueva York, 1965, pp. 51–52.

³² Entre las excepciones más notables están las contribuciones de Quine y Ullian, y, más recientemente, de Hacking.

³³ *Fact, Fiction, and Forecast*, p. 95.

³⁴ *Ibid.*, pp. 122–123.

que las discriminan. La noción clásica de esencia es *disuelta* para dar lugar a la consideración del efecto acumulativo del hábito lingüístico en la sedimentación de un sistema de clasificación *entre muchos posibles*, ninguno de los cuales es intrínsecamente privilegiado.³⁵ La práctica lingüística toma el lugar del “modo como el mundo es”: de hecho, es la idea misma de un “modo como el mundo es” la que se disuelve.³⁶

24. No estará de más subrayar que eso no equivale a abolir, en una noche metafísica en la que todos los gatos son pardos, *cualquier* criterio de distinción entre buenas y malas clasificaciones, o a sustituir, por la promiscuidad ecuménica de los conjuntos, las “articulaciones” que el mundo ofrece al descuartizamiento nocional, en la metáfora repulsiva de Platón.³⁷ Desde *Fact, Fiction, and Forecast* hasta *Reconceptions in Philosophy*, Goodman tocó la misma tecla: su filosofía no abolía la distinción entre clasificaciones naturales y arbitrarias o triviales —entre la tabla periódica de Mendeléiev y la enciclopedia china de Borges. La operación consistía, más bien, en una *reconcepción* de la idea de especie que conllevaba, también, una revisión léxica: donde se leía, junto a ese sustantivo, el adjetivo “natural”, se debe ahora leer “relevante”. ¿Relevante para qué? Para *los más variados* propósitos, entre los cuales están *también* los de la explicación científica. La reconcepción nos libra del énfasis unilateral en las clasificaciones de la ciencia natural, abriendo espacio para “clases artificiales como obras musicales, experimentos psicológicos o tipos de maquinaria”,³⁸ y enfatiza la dependencia de las clasificaciones en relación con el hábito y la tradición, tanto como con las conveniencias de la innovación: “Nuestra proyección habitual de ‘verde’ y ‘azul’ no niega que ‘verzul’ (*grue*) y ‘azerde’ (*bleen*) designan clases, sino que trata esas clases como triviales. Revertir esa tendencia —proyectar ‘verzul’ y ‘azerde’, en vez de ‘verde’ y ‘azul’— sería hacer un mundo diferente y vivir en él.”³⁹

25. Así, el “pluralismo irrealista” que surge de la abolición del “modo como el mundo es” no debe estimular “la doctrina libertina de que todo vale”;⁴⁰ y

³⁵ “Científicos y metafísicos acostumbran postular una diferencia ontológica entre ‘especies naturales’ y otras clases. Los filósofos sostienen frecuentemente que los miembros de una clase privilegiada comparten cierto atributo o esencia real, o tienen cierta semejanza absoluta entre sí. Pienso que la distinción depende, más bien, del hábito lingüístico” (Nelson Goodman, *Languages of Art*, Hackett, Indianápolis, 1976, p. 202n).

³⁶ Nelson Goodman, “The Way the World Is”, *Problems and Projects*, pp. 24–32.

³⁷ *Cfr. Fedro* 265e. La expresión “promiscuidad de los conjuntos” es de Quine en “Natural Kinds”, *Ontological Relativity and Other Essays*, Columbia University Press, Nueva York, 1969, pp. 114–138.

³⁸ *Ways of Worldmaking*, p. 10.

³⁹ *Ibid.*, p. 101.

⁴⁰ *Fact, Fiction, and Forecast*, p. 23. “Todo vale” (*anything goes*) es, como se sabe, el lema del “anarquismo epistemológico” de Feyerabend.

Goodman dedicó, en sus últimos años, mucho empeño y argucia al esfuerzo de demarcar su posición de diversas formas de relativismo, insistiendo en la idea de que una versión del mundo no se vuelve correcta por *fiat*.⁴¹ El concepto de *corrección de una categorización* surge, de hecho, como el tema dominante de sus últimos escritos.⁴² Pero, y éste queda como el partaguas, la corrección de una categorización no puede ser entendida como *valor de verdad*, pues ésta es una propiedad de proposiciones u oraciones, y no de los esquemas conceptuales que determinan el contenido de proposiciones u oraciones: la corrección es, al contrario (como las propiedades aptas para recomendar, desde un punto de vista “externo”, la elección de un lenguaje en la filosofía de ese otro pluralista, Carnap),⁴³ una virtud *pragmática*. Defender la corrección de una categorización no es mostrar que ella “corta el mundo en sus articulaciones”. Es recomendar las *ventajas* derivadas, para algún propósito particular, de su empleo en la construcción de una versión del mundo.⁴⁴ Y *ninguna* extensión o modificación de ese criterio pragmático permitiría recobrar por entero la división metafísica entre *aparencia* y *realidad* —como lo notara, mucho antes que Goodman, otro irrealista consecuente: “¿Qué buscamos, pues, con indagar la realidad? ¿Buscamos efectivamente constatar su autoexistencia o más bien sólo nos interesa la causalidad, saber cómo provocar y cómo evitar las buenas y malas realidades? Pero es igualmente ‘práctico’ saber cómo evitar o lograr los malos y buenos ensueños.”⁴⁵

26. Dije (§ 17) que estaba interesado en aclarar cómo se puede desandar el camino que conduce de la renuncia al realismo metafísico a la doctrina irrealista de la construcción del mundo. Estamos ahora en condiciones de identificar el punto exacto en que el espíritu realista debe abandonar el itinerario de Goodman. La pregunta “¿Por qué proyectamos ‘verde’ y no ‘verzul’?” es el punto decisivo. A esta pregunta, el irrealista responde: “Porque el primero, y no el segundo de esos predicados, está atrincherado en nuestras prácticas; en otras palabras, porque eso es lo que hemos hecho hasta aquí; y ésa es *toda* la respuesta.” Es a esta cláusula final que la solución del “nuevo enigma de la inducción” debe su carácter “no cósmico”, en el sentido en que Goodman emplea esa expresión para aplaudir la solu-

⁴¹ Cfr., por ejemplo, las observaciones sobre Rorty, Kuhn y Feyerabend en Goodman y Elgin, *Reconceptions in Philosophy*, pp. 51–52.

⁴² Cfr. *Ways of Worldmaking*, pp. 109–140; “Notes on the Well-Made World”, *Of Mind and Other Matters*, pp. 30–39; *Reconceptions in Philosophy*, pp. 14–19, 53–57.

⁴³ Cfr. Rudolf Carnap, “Empiricism, Semantics, and Ontology”, *Meaning and Necessity*, edición ampliada, University of Chicago Press, Chicago, 1956, pp. 205–221.

⁴⁴ “Para un sistema categorial, lo que es necesario mostrar no es que es verdadero, sino lo que puede hacer” (*Ways of Worldmaking*, p. 129).

⁴⁵ Macedonio Fernández, *No toda es vigilia la de ojos abiertos*, Corregidor, Buenos Aires, 1990, p. 256. La primera edición de este manifiesto irrealista es de 1928.

ción humeana del “viejo” problema de la inducción.⁴⁶ Ella nos desestimula para preguntar por algún fundamento que estuviese más acá o más allá del hábito y de las expectativas que nos hacemos con base en el hábito. No preguntemos “¿Por qué nuestro hábito es ése y no otro?”, ni “¿Por qué justamente esas categorías se arraigaron en nuestras prácticas?”: hay muchas preguntas más interesantes que hacer. Justo es subrayarlo, Goodman tampoco dijo nunca, ni sugirió, que ésas eran preguntas infructíferas; le tocó a Rorty dar ese paso más para terminar de “perder el mundo”.⁴⁷ Él solamente no estaba interesado en ellas.

27. *Precisamente en este punto es donde nos separamos.* Para el espíritu realista, el hecho de que las cosas sean justamente como son, y no de alguna entre muchas otras maneras posibles, es *mucho* más interesante que una mera posibilidad —*si es que se trata de una posibilidad*: pues lo que está en juego son las restricciones que serán impuestas a la *admisibilidad* de una estipulación contrafáctica por la consideración de los *hechos*— del modo como las cosas *actualmente* son. Por cierto, la proyección de “verzul” parece ser, por lo menos, una posibilidad *lógica*: como la aritmética de los leñadores de Wittgenstein, que miden una pila de leña por el área ocupada en el suelo, sin importarles su altura (y, por tanto, su volumen), el “juego de lenguaje” con “verzul” no necesita enredarse en ninguna *contradicción*.⁴⁸ Pero, y eso es lo que hace toda la diferencia, de ahí *no* se sigue que, porque *comprendemos* esas descripciones contrafácticas, somos realmente capaces de tener alguna idea de lo que sería *usar esos conceptos*, pensar y vivir en esos “mundos posibles”: en otras palabras, de ahí no se sigue que ésas sean *alternativas relevantes* al esquema conceptual que empleamos.⁴⁹

28. Sé que esa crítica suena extraña. Goodman desconfiaba de las modalidades, y era celoso de distinguir sus múltiples mundos, todos igualmente actuales, “de los mundos posibles que muchos de mis contemporáneos, especialmente en las inmediaciones de Disneylandia, están ocupados en

⁴⁶ *Fact, Fiction, and Forecast*, p. 62.

⁴⁷ Cfr. Richard Rorty, “The World Well Lost”, *Journal of Philosophy*, vol. 69, 1972, pp. 649–665, y *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton University Press, Princeton, 1979.

⁴⁸ Cfr. L. Wittgenstein, *Bemerkungen über die Grundlagen der Mathematik*, en *Werkausgabe*, vol. 6, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1994, I, §§ 132–156 [versión en castellano: *Observaciones sobre los fundamentos de la matemática*, trad. Isidoro Reguera, Alianza, Madrid, 1987].

⁴⁹ La limitada inteligibilidad de la aritmética de los leñadores de Wittgenstein es subrayada por Barry Stroud en “Wittgenstein and Logical Necessity”, *The Philosophical Review*, vol. 74, 1965, pp. 504–518. Mary Hesse hace una crítica análoga a la ficción de Goodman en “Ramifications of ‘Grue’”, *British Journal for the Philosophy of Science*, vol. 20, 1969, pp. 13–25. En ambos casos, la crítica se basa en el principio “holístico”, cuyas consecuencias tanto Wittgenstein como Goodman están obligados a aceptar, de que comprender un concepto es comprender sus relaciones con *otros* conceptos en un lenguaje o esquema conceptual abarcador.

fabricar y manipular”.⁵⁰ Desde la perspectiva del espíritu realista, sin embargo, los mundos de Goodman y los de David Lewis, con todas sus diferencias, tienen en común el origen en el mismo desinterés por lo que Wittgenstein llamaba la “historia natural de la humanidad”, y en el mismo descuido por las restricciones que el modo como las cosas *son* impone a la inteligibilidad de suposiciones sobre cómo ellas *podrían* ser.⁵¹ Desde esa perspectiva, mucho más importante que las diferencias *doctrinales* es la comunidad de *actitud*. Los múltiples mundos de Goodman son todos, igualmente, *inventados*; los de Lewis son todos, igualmente, *encontrados*. A una distancia igual de esas dos fantasías está el espíritu realista: encontramos el mundo real, el único que hay; inventamos, *por nuestra cuenta y riesgo*, otros mundos.⁵² Como Sancho Panza, el espíritu realista no se inclina a subestimar el riesgo de esa actividad.

29. Para no dejar duda: estoy defendiendo la pertinencia, para la filosofía, de la *posibilidad* de una explicación empírica del hecho de que tengamos los conceptos que tenemos, y no otros —precisamente el tipo de explicación en el que Goodman no estaba interesado. Como ya tuve oportunidad de señalar (§ 26), Goodman nunca dijo ni sugirió que una explicación empírica del atrincheramiento de una categorización sería imposible o infructífera. A decir verdad, su actitud a ese respecto fue ambivalente. En *Fact, Fiction, and Forecast* (un libro que, leído atentamente, es mucho más radical que *Ways of Worldmaking*), la corrección de una categorización llegaba a ser *identificada* con su atrincheramiento: “La razón por la cual sólo los predicados ciertos llegaron, para suerte nuestra, a volverse bien atrincherados es simplemente que los predicados bien atrincherados se volvieron, por eso, los predicados ciertos.”⁵³ Ocasionalmente, Goodman llegó a admitir explí-

⁵⁰ *Ways of Worldmaking*, p. 2.

⁵¹ En la semántica de la lógica modal, las relaciones de “accesibilidad”, determinadas por los axiomas para los diferentes sistemas modales, corresponden a diferentes restricciones impuestas a la cuantificación sobre “mundos posibles”. Cuestiones sobre la plausibilidad de una u otra de esas restricciones (por ejemplo, ¿la accesibilidad debe ser simétrica?; ¿transitiva?; ¿“euclidiana”?) son *filosóficas*, y no matemáticas: como dice Kripke, no hay sucedáneo matemático para la filosofía. *Cfr.*, para un ejemplo de la clase de consideraciones pertinentes, Michael Dummett, “Could There Be Unicorns?”, *The Seas of Language*, Oxford University Press, Oxford, 1993, pp. 328–348.

⁵² *Cfr.* Saul Kripke, *Naming and Necessity*, Oxford University Press, Oxford, 1980, pp. 43–44 [hay versión en castellano: *El nombrar y la necesidad*, 2a. ed., trad. Margarita M. Valdés, Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, México, 1995].

⁵³ *Fact, Fiction, and Forecast*, p. 98. Textos como éste favorecen la interpretación de Hacking, para quien la estrategia de Goodman consistía, esencialmente, en *detener* una petición de explicación: *cfr.* Ian Hacking, “Entrenchment”, en Douglas Stalker (comp.), *Grue! The New Riddle of Induction*, pp. 193–223. Esta interpretación hace eco a la insistencia con la que Goodman exhortaba a sus lectores a dejar de preguntar *por qué* tenemos las categorías que tenemos, para que concentraran su atención en el *uso* de esas categorías. Véase, para la formulación explícita de un principio metodológico que Goodman empleó sistemáticamente

citamente la legitimidad de una petición de explicación; en general, sólo para negarle mayor interés filosófico: un ejemplo aparece en su respuesta a Judith Jarvis Thomson.⁵⁴ Después de descartar como “una tautología vacía” el alegato de que “el modo como los seres humanos se comportan debe derivarse de alguna característica que ellos tienen”, Goodman trataba de observar que el descubrimiento de una explicación más interesante que esa tautología no comprometería su análisis:

incluso si la señorita Thomson pudiese dar una definición general y aceptable de observabilidad, pudiese definir la proyectabilidad en términos de esa definición, y pudiese mostrar que esas distinciones están fundadas en ciertos aspectos esenciales del organismo humano —y ésa es una vasta encomienda—, nada de eso sería incompatible con una definición de proyectabilidad en términos de atrincheramiento; a lo mejor, tendríamos una explicación psicológica de los hechos del atrincheramiento.⁵⁵

Pero también tengo la impresión de que, en la evolución subsecuente de la obra de Goodman, esa posibilidad tendió gradualmente a desaparecer de vista; y que eso está relacionado con el crudecimiento de su retórica irrealista.

30. Hablé de pertinencia, para la filosofía, de la *posibilidad* de una explicación empírica del atrincheramiento de conceptos y teorías. El énfasis en la palabra “posibilidad” está ahí para recordar que es irrelevante discutir sobre la forma que esa explicación podría tener. Como Quine y Ullian, me inclino a pensar que cualquier explicación plausible deberá hacer uso, en algún momento, de la idea de selección natural.⁵⁶ Pero eso realmente no importa, y sí que una u otra explicación *empírica* sea posible. El énfasis unilateral en la caracterización de la filosofía como análisis conceptual, y la suposición *falsa*, que habitualmente la acompaña, de que es posible hacer análisis conceptual *sin presuposiciones empíricas*, tienden a cegar para esa posibilidad a más de un filósofo exageradamente celoso de la autonomía de su disciplina. Una consecuencia de esto es el desinterés por problemas

en el tratamiento de una variedad de problemas filosóficos, la sección “Dissolution of the Old Problem” de “The New Riddle of Induction”, en *Fact, Fiction, and Forecast*, pp. 62–66. La desconfianza profesada por Goodman para con los condicionales subjuntivos es una fuente evidente de su aversión a las “semánticas de mundos posibles” (cfr. *Fact, Fiction, and Forecast*, pp. 49–57; *Ways of Worldmaking*, pp. 2, 102–107; *Of Mind and Other Matters*, pp. 125–126) —y también, menos obviamente, de su atracción por el fenomenalismo.

⁵⁴ Cfr. “Replies to Comments on *Fact, Fiction, and Forecast*”, en *Problems and Projects*, pp. 408–409.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 409.

⁵⁶ Joseph Ullian, “Luck, License, and Lingo”, en *Grue! The New Riddle of Induction*, p. 36; W.V.O. Quine, “Natural Kinds”, p. 126; W.V.O. Quine y J.S. Ullian, *The Web of Belief*, 2a. ed., McGraw-Hill, Nueva York, 1978, p. 88.

propriadamente *conceptuales* que no son adecuadamente apreciados, mucho menos resueltos, mientras nos apegamos a la representación “decisionista” de la formación de conceptos que nos fue legada por ese brote tardío de la tradición idealista, el positivismo lógico.

31. Quisiera examinar qué consecuencias traería, para la especulación anunciada en aquellas páginas finales de *Fact, Fiction, and Forecast* —el programa de fundar sobre la teoría de la proyección una distinción plausible entre tipos “más y menos genuinos”—, la alternativa de tomar en serio la posibilidad descuidada por Goodman. El hilo conductor que necesito me lo proporciona una conjetura de Quine, para la cual quiero ofrecer, en los párrafos siguientes (§§ 32–38), algún apoyo, pues por esa vía imprevista reencontraremos, finalmente (§§ 39–40), la pregunta de Austin sobre sus “palabras ajustadoras”.⁵⁷

32. En “Natural Kinds”, Quine reúne las paradojas de Hempel y Goodman en un problema más fundamental: el de saber “si existe *algún* predicado proyectable cuyo complemento sea proyectable”.⁵⁸ Esta pregunta altamente especulativa surge de la solución propuesta por Quine, en el inicio de su artículo, al problema de la *relevancia confirmatoria*, suscitado por la paradoja de Hempel. Dada una caracterización *prima facie* plausible de la confirmación en términos de la ejemplificación de una proposición cuantificada, una hoja verde, siendo un no-cuervo no-negro, parecía confirmar la hipótesis de que todos los no-negros son no-cuervos —y, así, la hipótesis equivalente de que todos los cuervos son negros. Para el proyecto de obtener una definición puramente sintáctica de la confirmación, perseguido por Hempel, la única alternativa consistía en *ratificar* esa consecuencia contraintuitiva, y poner a cargo de la psicología de la investigación científica la explicación de la anomalía.⁵⁹ Advertido por la espectacular demostración de Goodman de la inviabilidad de aquel proyecto, Quine abre una vía para el reencuentro del sentido común con la lógica de la confirmación al sugerir que el *complemento de un predicado proyectable no necesita ser*

⁵⁷ Debe estar claro, aunque tal vez no esté de más subrayarlo, que al tomar partido por Quine contra Goodman en los párrafos siguientes, no estoy avalando otras doctrinas quineanas, como la “inescrutabilidad de la referencia” o la “relatividad ontológica”, cuya conciliación con la actitud realista es algo más problemática. Ni estoy interesado, en general, en absolver a Quine de la acusación de “idealismo lingüístico” que se le dirige con frecuencia. Pero, en cualquier caso, el espíritu realista debe conceder a Quine la superioridad, sobre Goodman (que en eso, como en casi todo, permaneció mucho más atado al positivismo lógico), de haber tratado sistemáticamente de entender el lenguaje como comportamiento, y el comportamiento como respuesta a necesidades sobre las cuales no ejercemos el poder de *disposición* que las fantasías idealistas tienden a postular.

⁵⁸ W.V.O. Quine, “Natural Kinds”, p. 116.

⁵⁹ *Cfr.* Hempel, “Studies in the Logic of Confirmation”, p. 18.

proyectable.⁶⁰ La futilidad del proyecto de hacer ornitología “sin exponerse a la lluvia”, como decía Goodman, es explicada ahora directamente por la improyectabilidad de los predicados “no-cuervo” y “no-negro”. Y esa explicación, libre del recurso a la división del trabajo intelectual que es la salida de urgencia habitual de una teoría en apuros, es la que abre camino para la conjetura general sobre la proyectabilidad de los complementos de predicados proyectables, que aquí me interesa.

33. En este momento, es decisiva una aclaración. La conjetura de Quine (como la “condición de equivalencia” de Hempel) emplea la noción de complemento en sentido estricto, lo que excluye restricciones tácitas del universo de discurso, como las que encontramos en el lenguaje ordinario.⁶¹ En otras palabras, es la categoría kantiana de la *limitación* la que importa aquí. (Porque tenía presente esa noción estricta de complemento Kant habló de juicios “infinitos”: *cfr.* la explicación en la *Crítica de la razón pura* A 71–3/B 97–8.) En estos términos, el motivo por el cual el complemento de un predicado proyectable no será proyectable salta a la vista: hablando informalmente, el problema es que hay *demasiadas* cosas, *demasiado* diferentes unas de otras, en ese saco-de-gatos. El complemento de la clase de los cuervos no abarca sólo a las urracas, los halcones o los buitres, sino a las hojas verdes y las manzanas maduras; las rosas de Alejandría y las estrellas extintas antes de mi nacimiento; los ornitorrincos y la espada de Sigfrido; todas las esmeraldas y todos los números primos; la aurora boreal, el agua del Nilo y la conjetura de Goldbach; la palabra “cuervo” y todas las palabras de todas las lenguas; sirenas, tigres, decasílabos y terremotos. No es de sorprender que no hagamos proyecciones sobre este agregado monstruoso. Aún más importante, tampoco es difícil dar con la *explicación* de este hecho; está al alcance de la mano, en la violación de la condición más elemental, por ello mismo la más descuidada, de la proyectabilidad. Como juiciosamente escriben Goodman y Elgin: “predicados cuyas proyecciones llevan regularmente a conclusiones falsas son improyectables *cualquiera que sea su historia*”.⁶² Pueden hacerse muchas cosas con una bayoneta, hacía notar Bonaparte, salvo sentarse en ella.

34. Esto puede decirse de otra manera: predicados cuyas proyecciones llevan regularmente a conclusiones falsas no discriminan ninguna especie

⁶⁰ W.V.O. Quine, “Natural Kinds”, p. 115.

⁶¹ Al anunciar “El que no coma la verdura, no va a tomar helado”, la mamá de los niños no está amenazando con privar de helado al gato de Martín, al caracol del jardín del vecino o a la estrella Alfa Centauro. La restricción tácita de la cuantificación puede ser concebida como la contrapartida, en el lenguaje natural, de la estipulación explícita de un modelo o dominio de interpretación en la semántica formal: su estructura es pertinente para la elucidación de la noción de *relevancia* que me interesa: *cfr.* § 27 y, más adelante, §§ 40–41.

⁶² *Reconceptions in Philosophy*, p. 15. Las cursivas son mías.

natural. Y la conjetura de Quine puede ser reformulada así: un predicado privativo no discrimina ninguna especie natural. El lector notará que estoy *identificando* “no discriminar ninguna especie natural” y “llevar regularmente a conclusiones falsas”.

35. Pero la conjetura de Quine requiere ser enmendada. En la formulación irrestricta en que la encontramos en “Natural Kinds”, ella se expone a contraejemplos (de hecho, a una lista interminable de contraejemplos), como el propio Goodman y algunos de sus asociados no tardaron en señalar.⁶³ Pero los contraejemplos son instructivos, y contribuyen a esclarecer lo que debemos esperar de una teoría de las especies naturales. Ellos contienen, de modo revelador, todos los predicados *ostensivamente dispocionales*, como “frágil”, “flexible” o “inflamable”.⁶⁴ La lista puede ser extendida con ejemplos de términos teóricos como “orgánico” o “electroconductor”. Todos estos predicados tienen complementos obviamente proyectables, ni más ni menos que ellos mismos: es, de hecho, una *dicotomía* que, en cada caso, está arraigada con el atrincheramiento de esos predicados (y, así, de sus complementos). Pero, y aquí es donde las cosas comienzan a ponerse interesantes, eso se debe, plausiblemente, a una propiedad importante que todos los miembros de esa familia de contraejemplos parecen compartir. Esos predicados *no son taxonómicos*: las clasificaciones dicotómicas que ellos operan no se incorporan a sistemas de clasificación organizados jerárquicamente por la relación de subordinación entre predicados (la relación especie-género del ejemplo paradigmático de Frege, “La ballena es un mamífero”). Ese carácter no taxonómico, a su vez, parece depender críticamente de la ausencia de una característica que Mill, en el *Sistema de lógica*, propuso tomar como definitoria de una clase taxonómica (esto es, de lo que él llamaba una “Especie real”, *real Kind*): a saber, que sus miembros tengan propiedades que pueden ser *descubiertas*, que no derivan de las características por las cuales los identificamos *como* miembros de la clase.⁶⁵ En la jerga de “The Meaning of ‘Meaning’” de Putnam, el *estereotipo* de una clase taxonómica no especifica ningún conjunto de condiciones necesarias y suficientes para que algo pertenezca a la clase (en otras palabras, no ca-

⁶³ Robert Schwartz, “Paradox and Projection”, *Philosophy of Science*, vol. 39, 1972, pp. 245–248; Israel Scheffler y Nelson Goodman, “Selective Confirmation and the Ravens: A Reply to Foster”, *Journal of Philosophy*, vol. 69, 1972, pp. 78–83.

⁶⁴ El modificador “ostensivamente” está ahí para señalar que yo *no* estoy incluyendo en esta categoría predicados como “rojo” o “esférico” que es siempre posible *definir* (en beneficio de lo que Quine llamaba “regulación”) en términos de disposiciones. La tesis de que la distinción entre términos disposicionales y no disposicionales es esencialmente relativa a la “elección” de un lenguaje es, naturalmente, uno de los postulados del construccionismo de Goodman: *cfr. Fact, Fiction, and Forecast*, pp. 40–41.

⁶⁵ *Cfr.* Ian Hacking, “Natural Kinds”, en Robert Barrett y Roger Gibson (comps.), *Perspectives on Quine*, Blackwell, Oxford, 1993, p. 132.

racteriza ninguna “esencia real”): precisamente por eso es que los nombres de especies naturales son comparables a designadores rígidos.⁶⁶

36. Quisiera sugerir que es *porque* sus miembros tienen propiedades que deben ser descubiertas (que no conocemos *a priori*) que las especies naturales son taxonómicas; y, en seguida, que ésa es, probablemente, la llave para revisar esas categorías lógicas recalitrantes a la normalización extensional, que estuvieron en el punto de partida del itinerario irrealista de Goodman: los términos disposicionales y los condicionales contrafácticos. La idea que me parece prometedora, aquí, está implícita en una conjetura de Ian Hacking: los predicados disposicionales son importantes porque distinguen clases interesantes (para los propósitos, entre otros, de la explicación científica) que *no* son especies naturales!⁶⁷

37. Una manera de formular la intuición que estoy buscando sería decir: las disposiciones son, como las propiedades de ser orgánico o electroconductor, *altamente* “teóricas”.⁶⁸ Pero no estoy poniendo este adjetivo entre comillas dobles sólo porque me enseñaron a desconfiar de la distinción entre términos teóricos y observacionales. Decir, como confieso estar inclinado a decir, que las disposiciones son *esencialmente* proyectivas es obviamente insuficiente: al final ¿no es toda generalidad (y, así, toda predicación) *en algún sentido* proyectiva? Muy bien, en algún sentido: pero las ejemplificaciones del predicado “rojo” no son (*pace* Goodman y otros adeptos de la “construcción lógica”) ejemplificaciones de *capacidades*. Proyectamos “rojo” de conjuntos de cosas observadas a conjuntos de cosas no observadas —por ejemplo, al conjeturar que ése es el color de todas las cabinas telefónicas en Inglaterra; mas, cuando decimos que una cabina telefónica es roja no estamos *diciendo* (aunque podamos estar presuponiendo, y, así, *dando a entender*) que *tendría* tal o cual propiedad en tales o cuales circunstancias contrafácticas. Todo el contenido de la predicación

⁶⁶ Hilary Putnam, “The Meaning of ‘Meaning’”, *Mind, Language and Reality: Philosophical Papers*, Cambridge University Press, Cambridge, 1975, vol. 2, pp. 215–271. Es oportuno recordar (como se dice, a quien pueda interesarle) que la imposibilidad de conocer *a priori* las propiedades comunes de los miembros de una clase taxonómica es el fundamento de la doctrina kantiana de la indefinibilidad de los conceptos empíricos: *cf.* *Crítica de la razón pura*, A 727–8/B 755–6.

⁶⁷ “Natural Kinds”, p. 132. Hacking articula los elementos de una teoría “milliana” de las especies naturales en “Working in a New World: The Taxonomic Solution”, en Paul Horwich (comp.), *World Changes: Thomas Kuhn and the Nature of Science*, The MIT Press, Cambridge, Mass., 1993, pp. 275–310.

⁶⁸ Y análisis como los que llevan a Goodman y a otros a llamar a “rojo” un término disposicional (*cf.* *Fact, Fiction, and Forecast*, p. 44) deberían ser reconocidos como el resultado de haber “teorizado” las “cualidades secundarias” hasta el desfiguramiento. No voy a insistir en este punto; pero es decisivo, entre otras cosas, para la evaluación de la doctrina de la “subjetividad de las cualidades secundarias”.

se agota en la atribución de una propiedad *actualizada* (y las condiciones de la *observación* nada tienen que ver con la verdad de la predicación, sino, exclusivamente, con su *verificación*). “Esto es flexible”, en cambio, es una proposición implícitamente nomológica, cuya verdad implica la de un condicional subjuntivo.

38. Este esbozo tal vez sea suficiente para ilustrar el tipo de alternativa con que contamos si insistimos en pensar, contra Goodman, que el llamado al hábito lingüístico no necesita ser la última palabra sobre el atrincheramiento de conceptos y teorías. No necesita *y no debe*: pues es cuando nos damos por satisfechos con ese llamado que estamos más inclinados a decir, como Cabanchik, que los conceptos que actualmente empleamos son los que *decidimos* emplear. Sólo tengo aplausos para Wittgenstein, que no se cansó de recordar que los conceptos que empleamos son la expresión de nuestros intereses. Pero él nunca sugirió —y también eso es parte de lo que me parece admirable en su filosofía— que *decidimos* estar interesados en aquello que nos interesa. Preguntar por la *historia natural* de la proyectabilidad, en suma, abre otra perspectiva sobre la formación de conceptos, y lo esencial de lo que vengo argumentando puede resumirse en la observación de que ésa es la perspectiva que el espíritu realista tenderá a preferir a la fábula autocomplaciente de la creación del mundo por la Medida de Todas las Cosas. Desde esa perspectiva, la historia del atrincheramiento de nuestros conceptos y teorías, la historia natural del espíritu humano, no es la historia de lo que Cabanchik llama “la libre expresión y creación humanas”, sino la historia de las necesidades e intereses de un animal suficientemente complicado para necesitar (y ser capaz de) pensar.

39. Y es así como, finalmente, reencontramos el hilo conductor de la meditación de Austin sobre la Naturaleza de la Realidad. Pues tal vez sepamos un poco mejor, ahora, por qué *debemos* disponer de predicados específicos para lo que llamé, al comienzo de este artículo, las variedades de la irrealidad (§ 5). La conjetura de Quine, debidamente enmendada (§ 35), brinda, de hecho, una inesperada defensa de Austin contra una crítica que le dirige Cabanchik.⁶⁹ Para mostrar que el uso negativo de “real” no presupone (al contrario de lo que sostenía Austin) que no sea ningún modo *específico* de algo no ser real, Cabanchik invita al lector a imaginar un lenguaje en el que llamaríamos “un *X* real” todo lo que exhibiese las propiedades relevantes de un paradigma de la clase de los *X*. No sería *un X real* todo aquello que no satisficiera esa condición: “Un lenguaje que funcionara de este modo, tendría un concepto de real cuya aplicación se daría sólo con el sentido

⁶⁹ En “Aspectos semánticos del uso de ‘real’”. La crítica me parece motivar la denuncia, en “El ser se hace de muchas maneras”, de la “tensión” que Cabanchik encuentra entre las funciones “ajustadora” y “negativa” de “real”.

de ‘exacto’ o ‘idéntico’, y no necesitaría contar con otras expresiones para clases en las que lo que no sea exacto o idéntico a un modelo x deba ser incluido.”⁷⁰ La réplica que la conjetura de Quine sugiere es que, ciertamente, podemos *imaginar* ese lenguaje, pero que, en él, la palabra “real” sería un “engranaje suelto”: en él, al contrario de lo que acontece en *nuestro* lenguaje, “No es un pato real” sería sólo una manera prolija de decir “No es un pato”. Y “no ser un pato”, al contrario de “ser un pato de juguete”, no es un predicado proyectable.⁷¹

40. Y, si no estoy equivocado, la conjetura de Quine liquida, igualmente, la sugerencia de que entre la función negativa y la función ajustadora de “real” habría alguna “tensión” como la que Cabanchik procura caracterizar (en la parte final de “El ser se hace de muchas maneras”) en términos de la oposición entre tradición e innovación conceptual —pues, al abrir otra perspectiva acerca de las preguntas de las que partimos, prepara el terreno, también, para la apreciación de la respuesta *de Austin* a sus preguntas: la respuesta que encontramos, por ejemplo, en las páginas luminosas de “Other Minds” en que Austin arguye la irrelevancia, para la determinación del *contenido* de la predicación “es un X real”, de buena parte de las posibilidades correspondientes al predicado privativo “no- X ”: “Si nos aseguramos de que es un jilguero, y un jilguero real, y después hace algo extravagante (explota, cita a Virginia Woolf, o lo que sea), no decimos que estábamos equivocados al decir que era un jilguero real: *no sabemos qué decir*. Nos faltan, literalmente, las palabras.”⁷²

⁷⁰ “Aspectos semánticos del uso de ‘real’”, p. 35.

⁷¹ El ejemplo de un *artefacto* sirve para recordar que la conjetura de Quine se aplica no sólo a especies naturales, sino a toda la variedad de lo que Goodman llamó especies relevantes (cfr. § 23).

⁷² J.L. Austin, “Other Minds”, *Philosophical Papers*, p. 88. Un precursor del jilguero que “explota, cita a Virginia Woolf, o lo que sea” es el sorprendente gato de “The Meaning of a Word”:

Supongamos que vivo en paz y armonía con un gato durante cuatro años: y entonces él profiere una oración filípica. Nos preguntamos, tal vez, “¿Es un gato real? o *¿no* es un gato real?” “O es, o *no* es, pero no podemos decidir con certeza”. Pero, de hecho, no es así: *ni* “Es un gato real” *ni* “No es un gato real” se ajustan semánticamente a los hechos: cada una de esas expresiones es apropiada para otras situaciones, pero no para ésta: usted no podría decir “Es un gato real” de algo que profiere filípicas, pero tampoco podría decir “No es un gato real” de algo que se comportó como *eso* por cuatro años al hilo. (*Philosophical Papers*, p. 67)

La lección que Austin extraía de este ejemplo era que “el lenguaje ordinario entra en colapso en casos extraordinarios” (p. 68). El repudio del postulado de determinación completa (que, en nuestros días, alimenta fantasías filosóficas como la “concepción epistémica de la vaguedad”) es un trazo distintivo de la actitud realista común a Austin y a Wittgenstein. El sillón que desaparece, reaparece, vuelve a desaparecer, etc., de las *Investigaciones filosóficas* (§ 80), cumple una función análoga, en el contexto de la crítica de Wittgenstein al postulado de la determinación del significado, a la de los ejemplos de Austin: “¿Qué debemos decir ahora?

41. Hechas todas las cuentas, por tanto, no estamos nunca completamente asegurados contra el riesgo de “quedar completamente sin palabras”. “Es como un jilguero” es, probablemente, la segunda mejor opción de la que disponemos en un caso de éstos; la primera es, con certeza, como sugiere Austin, quedarse con la boca cerrada. *Pero eso* —es ahí adonde finalmente quería llegar— *es constitutivo de la semántica de “real”*; y es en el reconocimiento de este hecho donde se manifiesta más característicamente la actitud realista de Austin. Precisamente porque lo que regula el uso de ese término es una gama de determinaciones atrincheradas (de predicados *proyectables* como “disecado, pintado, postizo”, etc.), su función negativa “lleva los pantalones”: no disponemos de provisiones, en nuestro repertorio conceptual, para todos los modos en que algo podría *no* ser un jilguero —hay innumerables posibilidades que no consideramos, y por eso mismo que tampoco *excluimos*, al decir “Es un jilguero real”.⁷³

42. Anuncié (§ 13) que estaba interesado en acentuar una diferencia de actitud, más que de doctrina; y que bien podía tratarse de una diferencia de temperamento. Quiero observar, para concluir, que es también una diferencia de *vocabulario* la que está implicada. Estoy recomendando una *alternativa* al vocabulario de la “construcción” y de la “creación simbólica”; y la estoy recomendando, también, por sus consecuencias. Entre esas consecuencias están ciertas restricciones al dominio de lo que estamos dispuestos a admitir como discurso con sentido, las cuales no me gustaría abandonar. Si, como Austin, atribuimos algún valor (y creo que él atribuía, como yo, un valor *moral*) a la preservación del repertorio de distinciones incorporadas, “a lo largo de la vida de muchas generaciones”,⁷⁴ al lenguaje ordinario, no nos permitiremos decir, como Cabanchik: “Hubo un tiempo en que el Sol no era una estrella y ya estamos en otro en que sí lo es”. O, si lo dijéramos, lo que estaríamos diciendo sería que el Sol *cambió*: que, de

¿Tiene usted reglas listas para casos así —que digan si aún se debe llamar ‘sillón’ a una cosa de esas?” (*loc. cit.*). Warren Goldfarb compara estos ejemplos de Austin y de Wittgenstein en su extraordinario “Wittgenstein and the Fixity of Meaning”, en William W. Tait (comp.), *Early Analytic Philosophy: Frege, Russell, Wittgenstein*, University of Chicago Press, Chicago, 1997, pp. 75–89, la mejor introducción que conozco a la *filosofía* de las *Investigaciones filosóficas*.

⁷³ Esas observaciones sirven para introducir la idea de una clase de *alternativas relevantes* a una predicación, un pariente próximo de la restricción tácita de la cuantificación en el lenguaje natural (*cfr.* nota 61), cuyo potencial crítico en la impugnación del postulado de la “clausura del conocimiento por la implicación lógica conocida” (y de los argumentos escépticos que de él dependen) fue explorado por filósofos como Fred Dretske y Robert Nozick. *Cfr.*, para el *locus classicus* de esa idea claramente anticipada por Austin y Wittgenstein, Fred Dretske, “Epistemic Operators”, *Journal of Philosophy*, vol. 67, 1970, pp. 1007–1023. El argumento de Nozick es discutido por Roberto Horácio Sá Pereira en “Ceticismo e Contrafactuais”; *cfr.* Ulysses Pinheiro, Marco Ruffino y Plínio Junqueira Smith (comps.), *Ontologia, Conhecimento e Linguagem*, pp. 205–221.

⁷⁴ J.L. Austin, “A Plea for Excuses”, *Philosophical Papers*, p. 182.

haber sido no sé qué entidad astronómica, acabó *volviéndose* una estrella. Tampoco diremos que, con el surgimiento de la química, el flogisto “dejó de ser real”. No es así como usamos las palabras: lo que decimos (y pensamos) es que el flogisto *nunca fue* real, nunca existió —que la creencia en la existencia del flogisto era un *error*.

43. En la parte final de su artículo, Cabanchik recuerda que, para Goodman, “no hacemos estrellas como el obrero fabrica ladrillos, es decir, no las hemos hecho materialmente, pero sí las hemos hecho conceptualmente”,⁷⁵ y añade que el verbo “hacer” está siendo usado ahí “en un sentido literal y no metafórico”. No sé en qué sentido *no* metafórico se podría “hacer conceptualmente” una estrella —o, para el caso, cualquier otra cosa—; mas no creo que valga la pena insistir en ello. Es la idea misma de *hacer*, y las ideas emparentadas de *creación* y *construcción*, lo que está mal en toda esa historia. Hacking dice lo que es preciso decir sobre la impropiedad de esas imágenes en un pasaje lapidario de su artículo sobre Quine:

¿Cómo nos las arreglamos para construir una versión del mundo? Tengo una respuesta breve. No lo hacemos. Es una tarea demasiado grande para una persona, una elite, una generación, una civilización. La metáfora favorita de Quine, el barco de Neurath reconstruido tabla por tabla, es de alguna utilidad. No es, sin embargo, la sustitución de tablas lo que importa. Es la construcción usando viejas tablas, tablas nuevas y madera traída por la corriente (*driftwood*). Es la transformación de un bote de pescador irlandés en el Soyuz II.⁷⁶

44. Por cierto, podemos *imaginar* mundos en los que un artefacto tan sofisticado como el Soyuz II sea construido con sobras de madera o tablas de un bote de pesca. La película *Explorers*⁷⁷ describe uno de esos mundos: tres niños construyen, con trastes encontrados en la basura y restos de chatarra, una nave espacial, y viajan en ella por el espacio extraterrestre. Cosas así suceden en películas para niños.

[Traducción de Zuraya Monroy Nasr]

Recibido el 14 de enero de 2002; aceptado el 28 de mayo de 2002

⁷⁵ Véase, a propósito, la versión goodmaniana del experimento imaginario de Kant sobre el “salvaje de Nueva Holanda” en “Notes on the Well-Made World”, en *Of Mind and Other Matters*, p. 35.

⁷⁶ Ian Hacking, “Natural Kinds”, p. 137.

⁷⁷ Estados Unidos, 1985 (dirección: Joe Dante; con Ethan Hawke, River Phoenix y Jason Presson).